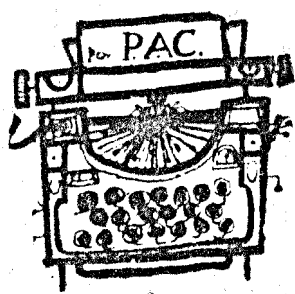


escrito a máquina

Meditación para un Primero de Mayo

La que dio testimonio



"Sepultaron largos siglos sus humillados nombres,
murieron largos siglos y abonaron largos siglos la sedienta tierra,
pero la muerte sólo produjo silencio y el olvido acumuló nuevos olvidos,
y volvieron a crecer interrogaciones sobre las tumbas y preguntas sobre
(los túmulos,
y otra vez la esperanza es una emboscada y la felicidad otra vez un futuro
que debe ser construido con nuevas sepulturas innumerables. . ."
INVITACION A LOS VAGABUNDOS" (Libro de Horas) PAC.

Basta que ella sea una madre, una mujer pobre. Basta! . . . Pero hay algo más. Se trata (se trataba . . .) es triste que el crimen nos haga hablar en pasado!) de una mujer de calidades extraordinarias; uno de esos ejemplares sobre cuyo corazón puede reposar firme la dignidad humana. Porque LIDIA MARADIAGA pudo ser una mujer de esas que aguantan, encallecidas, que reniegan, pero que no oponen nada a su suerte. En cambio, ella creyó que era posible oponer una lucha creadora contra el fatalismo de la "tuerce", mejorar, romper el molde sofocante de lo establecido —porque es injusto— y se entregó generosa y ardentemente como pionera (¿cuánto significa esto en una remota región campesina!) a trabajar por su pueblo. El impulso que transformó a esta mujer —sacándola de la rutina a un sentido social, convirtiéndola en "ardiente sindicalista" como dijo un declarante en el proceso, dándole valor para enfrentarse a la explotación hecha Poder— ese impulso era una riqueza para Nicaragua porque es el estímulo que hace las civilizaciones: el de inconformidad, que obliga al progreso, y el de conciencia comunitaria que distribuye o anhela distribuir con justicia ese progreso.

Pero la joven madre campesina que dio este paso (¿miles de escuelas, centenares de universidades y centros de capacitación se han abierto en América para que el pueblo dé ese paso!) obtuvo como galardón la muerte. ¡FUE ASESINADA POR HABER DADO ESE PASO!

—"Eso no es posible!" —grita el interior fariseo de nuestra sociedad y de nuestra política. "Cuando la gente exclama "eso no es posible!" —dice Albert Camus— hay ya la certidumbre de que "eso" es posible". Por esto he querido escribir este breve y doloroso comentario. Porque el crimen de Santa Rosa del Peñón viene a demostrarnos, mejor dicho a acusarnos, de que "eso" —es decir, matar al que busca justicia precisamente porque busca justicia— ¡es posible entre nosotros!

A un crimen social no se llega por una orden sino por un ambiente. Un ambiente hecho por muchísimos nicaragienses asesinó a Lidia Maradiaga.

Las autoridades de Santa Rosa del Peñón en dos ocasiones amenazaron de muerte a líderes sindicalistas, expulsándolos del pueblo ¡en nombre de la ley! Pero el ambiente no lo forman sólo ellas. Sobre esas autoridades ignorantes y parásitas, otras superiores habían también creado un clima de represión contra el sindicalismo y contra el MOSAN. Hace ya tiempo que los diarios informan sobre detenciones y arbitrariedades contra los elementos que tratan de organizar el sindicalismo en nuestra patria. En las autoridades militares y comandantes de muchas regiones rurales se ha creado ya la idea de que pedir justicia es crear subversión. Pero el ambiente no lo forman sólo ellas. También hay muchas personas —que se dicen decentes— dueñas de haciendas y fincas y otros negocios que asumen ante el sindicalista una actitud inmediatamente agresiva y consideran y tratan a los que reclaman derechos laborales como brotes de delincuencia. Pero "el ambiente" es todavía más ancho: Son muchos los propietarios que forman ellos sus propios "sindicatos de explotación" para no dejar que ningún trabajador sindicalizado o con ansias de mejoramiento social tenga empleo en su región; o para impedir, de común acuerdo, que se cumpla con el código, que se levanten salarios o se mejore la comida del asalariado. Pero el ambiente se extiende aún más: se extiende hasta ese que odia al que reclama, se extiende hasta esa orgullosa codicia que paga como quien da y no como quien debe; se extiende de círculo en

círculo hasta envenenar el aire que respira el obrero rural y el campesino, aire de delincuencia —ambiente de persecución y de hostilidad casi igual al que encontraría en un país de derecho, un prófugo de la justicia.

Todos los que han tomado esas actitudes, dado esas órdenes, formado esas siniestras alianzas —todo el que ha colaborado en esa intolerable intolerancia que se comunica del capital a la autoridad y de la autoridad al capital— formaron ese ambiente que hizo posible el crimen. Y todos los que han creado ese ambiente pusieron mano sobre Lidia Maradiaga.

Aunque ella no hubiera sido muerta por orden directa de la autoridad, lo cierto es que Lidia Maradiaga —al acoger un ideal vedado— se había colocado en esa zona maldita que atraviesa el pobre cuando reclama justicia. Si alguien mató a Lidia Maradiaga por una venganza de otra especie, es porque creyó que lo hacía sin riesgo: que los grandes intereses invisibles cobijarian su crimen.

Terrible distorsión en el espíritu de un pueblo es esta que palpamos: se dictan leyes y códigos laborales, pero se crea (en amplias regiones) un ambiente de muerte para el trabajador que reclama su cumplimiento. Es como abrir una fuente de agua a una población sedienta y luego envenenarla! —¿Cuántas cartas de peones, jornaleros, pequeños huerteros, mineros y trabajadores se reciben semanalmente en este diario, con el reflejo permanente de ese terror que ahora se ha hecho nacionalmente visible en el brutal crimen de Santa Rosa del Peñón?

Por eso, aunque Lidia Maradiaga hubiera sido comunista (porque alguno dirá que se actúa así por "el peligro comunista") mi pluma cristiana escribiría con la misma intensidad su dolor y su protesta. Porque no se termina con el Comunismo negándole al comunista la justicia. PORQUE UN CRISTIANO NO DEBE MATAR LA ESPERANZA DE UN COMUNISTA, SINO AMPLIARSELA Pero, Lidia Maradiaga era cristiana. Fue asesinada cuando se afanaba generosamente por la libertad de un compañero. ¿Qué mundo nuevo de fraternidad, qué ejemplo de compañerismo y desprendimiento fueron sus últimas horas de vida! Hay un breve Evangelio —el grito de una "buena nueva" de Amor coronado por el martirio— en esa última jornada de esta madre proletaria. Olvida que lleva en su vientre un hijo que puede nacerle ese mismo día: camina detrás del compañero sindicalista amenazado de muerte, teme por su vida y generosamente lo acompaña a pie por varios kilómetros; vuelve a buscarle una cabalgadura y un guía; vuelve de nuevo al pueblo a hablar por teléfono para anunciar su salida; y otra vez retorna, infatigable, hasta la salida del pueblo hasta asegurarse de que ha podido escapar ileso. Cuando llega a su casa está tan cansada que no puede llevarle la comida a su esposo, lo que hace una vieja amiga . . . Pero, tiene que trabajar, y cuando sale a pastorear sus animales, el odio agazapado la espera . . . ¿Dónde? . . . En el cementerio. En el lugar de la muerte —jardín de la impotencia, eden de la codicia. Allí el Odio cobra su salario al Amor. Ella llevaba en su regazo dos esperanzas: la de un Hijo y la de un Ideal. Ellos, dos armas y una sola cobardía!

¿Cuál será el fruto de tu testimonio, Lidia Maradiaga? —¿Significará que estamos ahogando con la violencia y con el egoísmo la única solución justa, el único hilo futuro de una patria que se cree cristiana y sin embargo mata sus propios brotes de esperanza y salvación? . . .

O bien ¿encenderá el fuego de tu sacrificio una antorcha que ilumine con su generosidad a esos muchos equivocados que construyeron tu

2 - viene de la 2a. p ágina

muerte? ¿Quemará esa antorcha la negra resistencia del odio, la turbia resistencia de la codicia, y serás tú —desde tu sangre— madre de la justicia que esperamos?

¡Dios —que es Dios de Amor— haga crecer de tu tumba ese signo que tú esperabas y que tu pueblo también espera!

PABLO ANTONIO CUADRA